

“Jesús en Caná de Galilea manifestó su gloria” (Jn. 2:11)

Sal. 128; Isafías 62:1-5; 1 Co. 12:1-11; Jn. 2:1-11

Cap. Miranda,
Hohenau,
Encarnación.

Introducción

“Cuando se aproxima el casamiento de un miembro de la familia, esta vive un clima particular. Generalmente se da mucha importancia al vestido de la novia, al arreglo de la iglesia y a todo lo exterior. ¿Por qué no pensar un poco más en lo importante, en lo que no se ve?”¹ Y lo importante es contar con la presencia de Jesucristo en nuestra fiesta de bodas. Que él esté presente con su bendición, con el “buen vino” del evangelio. La Santa Cena es eso precisamente: el Cristo divino y humano revelando su gloria a su esposa la Iglesia, entregando su propio cuerpo y sangre en el pan y el vino, para bendecir, para salvar, y para perdonar y devolver la alegría a los matrimonios, a los cristianos humillados por el pecado.

1. Las bodas de Caná y la persona de Cristo

En la fiesta de bodas en Caná de Galilea, faltó el vino. “Quedar sin vino o tener vino de baja calidad en un boda, era un gran error social”, era un humillación, una vergüenza. Pero Jesús convirtió el agua de las tinajas en buen vino para los recién casados y para los invitados. ‘Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él’ (Jn. 2:11).

En esta historia aprendemos sobre Jesús que nuestro Señor tiene dos naturalezas: la naturaleza divina y naturaleza humana. ¿Escucharon hablar de la naturaleza divina y la naturaleza humana de Jesucristo? Pues sí. En conformidad con la iglesia cristiana de todos los tiempos, nosotros “creemos, enseñamos y confesamos que si bien el Hijo de Dios ha sido desde la eternidad una persona divina particular, distinta e íntegra, y por ende Dios verdadero, esencial y perfecto junto con el Padre y el Espíritu Santo; no obstante, cuando vino el cumplimiento del tiempo, asumió también la naturaleza humana en la unidad de su persona, no de manera que ahora existieran dos personas o dos Cristos, sino de manera tal que Cristo Jesús es ahora, en una sola persona y simultáneamente, verdadero y eterno Dios, engendrado del Padre en la eternidad, y verdadero hombre, nacido de la muy bendita virgen María, como está escrito en Romanos 9:5: ‘De los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos’.

Creemos, enseñamos y confesamos que en esta única e indivisa persona de Cristo hay ahora dos naturalezas distintas, a saber: La naturaleza divina, que existe desde la eternidad, y la naturaleza humana, que fue asumida en

¹ Ceschi, La Familia, un regalo de Dios, p. 17.

el tiempo en la unidad de la persona del Hijo de Dios. Estas dos naturalezas en la persona de Cristo jamás se separan una de la otra ni se mezclan una con la otra, ni tampoco se transmutan la una en la otra, sino que por toda la eternidad, cada una permanece con su naturaleza y esencia dentro de la persona de Cristo...

Se explica la unión y comunión personal [de Cristo] mediante la ilustración del cuerpo y del alma, y de un hierro candente. Pues el cuerpo y el alma, al igual que el fuego y el hierro, tienen en sí una comunión no como un modo de hablar, o de palabra, sino de hecho y en verdad. Y sin embargo, con esto no se introduce una mezcla o igualación de las naturalezas, como cuando de agua y miel se hace hidromiel, que ya no es agua y miel por separado sino una bebida mezclada... La unión y comunión entre la naturaleza divina y la humana en la persona de Cristo es una unión y comunión muy diferente, mucho más sublime, y enteramente inefable. A causa de esta unión, Dios es hombre, y el hombre es Dios...

En virtud de aquella unión y comunión de las naturalezas, Cristo obró también todos sus milagros y manifestó esa su majestad divina según su beneplácito, cuándo y dónde quería, y por ende no sólo después de su resurrección y ascensión al cielo, sino aún en su estado de humillación, como por ejemplo en la bodas de Caná de Galilea (Jn. 2:1-11).² ‘Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él’ (Jn. 2:11). “Manifestó su gloria”, es decir, manifestó que él era el Hijo de Dios, o sea el eterno Dios hecho hombre, “y sus discípulos creyeron en él.”

¿Por qué es tan importante para los cristianos, creer en Jesús, como una persona tal que en sí misma tiene dos naturalezas, una divina y otra humana? Porque tiene todo que ver con nuestra salvación. Porque “esto hemos de saberlo los cristianos: Cuando Dios no está en la balanza para hacer peso, nos hundimos con nuestro platillo. Con esto quiero decir lo siguiente: Si no es verdad de que Dios murió por nosotros, sino sólo un hombre, estamos perdidos. Mas si la muerte de Dios y [o sea, el hecho de que] ‘Dios sufrió la muerte’ está en el platillo, este baja y nosotros subimos como un platillo liviano y vacío”³. Es decir, cuando el Hijo de Dios padeció y murió por nosotros en la cruz, nos rescató y liberó del diablo y del pecado pagando con su propia sangre por nuestros pecados. Y de esa manera fui hecho libre de condenación eterna. Ahora soy hecho libre, y libremente pertenezco ahora, ya no al diablo y al pecado, sino a Jesucristo, mi Señor. Mi vida ahora le pertenece, porque él me compró, “para que yo sea suyo, y viva bajo él en su reino y le sirva en eterna justicia, inocencia y bienaventuranza, así como Él, resucitado de entre los muertos, vive y reina por la eternidad. Esto es ciertamente la verdad” (Catecismo Menor, El Credo, 2º Artículo).

² Libro de Concordia: Fórmula de Concordia, Declaración Sólida (FC DS), art. VIII, § 1-2, 18b-19, 20b, 25a.

³ Libro de Concordia: Fórmula de Concordia, Declaración Sólida (FC DS), art. VIII, § 44.

2. Las bodas de Caná y la Santa Cena

“A causa de esta unión personal y la comunión que de hecho y en verdad tienen entre sí la naturaleza divina y la humana en la persona de Cristo, se le atribuye a Cristo según la carne algo que su carne de por sí no puede ser según su naturaleza y esencia, y tampoco puede poseer aparte de esa unión, a saber: Que su carne y su sangre son verdaderamente una comida y una bebida que dan vida.”⁴ [Es decir,] “también según su asumida naturaleza humana y con ella, Cristo puede estar y en efecto está presente [en el sacramento del Altar]... Para esto instituyó también su santa cena: Para darnos la plena seguridad y certeza de que él quiere estar con nosotros, habitar en nosotros, obrar y ser eficaz entre nosotros.”⁵

No es mera casualidad el hecho de que Jesús convirtiera el agua en vino en una fiesta de bodas. El vino en las Escrituras representa la alegría, la alegría de un nuevo tiempo de que comienza: el tiempo del Nuevo Pacto, del buen vino, en contraste con el agua del Antiguo Pacto. La Santa Cena, es eso mismo también: es el Nuevo Pacto, que inaugura una nueva realidad de Dios con los hombres, de que ahora Dios mismo está en medio nuestro en la persona divina y humana de su Hijo Jesucristo, ahora mismo la venida del reino de Dios se hace palpable y concreta en la Santa Cena, trayendo perdón de pecados y vida eterna para quienes están enfermos, a quienes reconocen que no tienen justicia para dar a Dios, y que por eso Dios les colma con la alegría del perdón de sus pecados en este sacramento tan excelente.

La Santa Cena es el reino de Jesús viniendo a nosotros de una manera palpable y concreta. No viene apenas de una manera simbólica (o sea, que la Santa Cena es sólo pan y vino), como en la mayoría de las iglesias evangélicas. Tampoco viene en una forma llamada la “transubstanciación”, como se enseña en la iglesia católica romana (o sea, que la Santa Cena es sólo el cuerpo y la sangre de Jesús). Sino que el reino de Dios viene de un modo sacramental (es decir, que la Santa Cena es el cuerpo y la sangre reales de Cristo en, con y bajo las especies del pan y del vino consagrados).

“Si la Iglesia Luterana conserva hoy... la interpretación literal de las palabras de la institución [de la Santa Cena], es porque ella sabe, como sabía el Reformador [Lutero], que esta doctrina es el mayor de los escándalos para la razón humana y, por eso, encuentra la mayor oposición por parte del mundo... La doctrina de la presencia real [de Cristo en la Santa Cena] es todavía más repulsiva en otros sectores de la cristiandad”⁶ [en el catolicismo romano, o el pentecostalismo, por ejemplo]. Pero el apóstol Pablo dice claramente: “De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y

⁴ *Libro de Concordia: Fórmula de Concordia, Declaración Sólida* (FC DS), art. VIII, § 76a

⁵ *Libro de Concordia: Fórmula de Concordia, Declaración Sólida* (FC DS), art. VIII, § 78.

⁶ Sasse, Hermann. (2003). *Isto é o meu Corpo*. Porto Alegre: Concordia Editora, p. 266-267.

de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí” (1 Co. 11:27-29). “Aquel que participa indignamente del pan y del vino [es decir, sin fe, y sin interpretar de manera literal las palabras de Cristo de la Santa Cena, ‘esto es mi cuerpo, esto es mi sangre derramada por vosotros’] peca contra el cuerpo y la sangre de Cristo”.⁷

“La Escritura nos revela que Dios tiene a su disposición muchas maneras de tratar con nosotros y de transmitirnos su gracia. Cristo viene hasta nosotros en la Palabra escrita de la Sagrada Escritura, en la predicación del Evangelio, en el Bautismo, en la Absolución del pecador penitente, en la Santa Comunión. Él está presente en todos esos medios de gracia.”⁸

Por eso, en cada participación de la Santa Cena, el reino de Jesús se hace visible, se actualiza, se hace presente en medio nuestro. En cada Santa Cena tenemos la oportunidad como Iglesia de celebrar la victoria de Cristo sobre el pecado, el diablo y la muerte. Podemos fortalecer nuestra fe en el perdón de los pecados, la resurrección y la vida eterna. Y anunciamos la muerte del Señor Jesús por nosotros, hasta que Él venga por segunda vez a juzgar a los vivos y a los muertos.

En la Santa Cena, “el Cordero de Dios, inmolado en el Calvario hace mucho tiempo ‘bajo el poder de Poncio Pilato’, está aquí. Nosotros comemos la carne [y la sangre] del verdadero Cordero de Dios, del cual el cordero pascual de Israel era un tipo... Este sacramento [del Altar] es el Evangelio... Pues el evangelio es el perdón de los pecados, nada más y nada menos. No es la teoría sobre la posibilidad del perdón, no es el mensaje religioso de que hay un Dios misericordioso. Aun Mahoma [en el Islam] sabe que ‘Alá es misericordioso’... El evangelio de Jesucristo,... es algo bien diferente. ‘Están perdonados tus pecados’ Este era su evangelio. Oír este mensaje es más que consuelo, es bienaventuranza... La Santa Cena del Señor también es remisión de los pecados a todo aquel que la recibe con fe.”⁹

“La Iglesia vive hoy en un mundo que perdió de modo alarmante el sentido de culpa y de pecado... La religión se puede tornar nuevamente una moda en una era de inseguridad y temor. Pero conversión real es el cambio del corazón, la conversión total de la persona cuando se arrepiente de sus pecados y pide perdón. En tal circunstancia, el Sacramento del Altar es de importancia inestimable... ‘Esto es mi cuerpo, esto es mi sangre, dado y derramada por vosotros, para el perdón de sus pecados’... [Porque en la Santa Cena] el creyente recibe perdón como una realidad. Es el mismo perdón que recibimos en la Absolución, aunque de una forma diferente”¹⁰, y de esta manera Cristo sigue manifestándonos su gloria. Amén.

⁷ Sasse, p. 270.

⁸ Sasse, p. 277.

⁹ Sasse, p. 282.

¹⁰ Sasse, p. 283-284.